

Alejandro Venegas Carús (1870-1922)

La intimidación ultrajada

092 0698

Profesor de provincia, alarmó a la sociedad distinguida porque osó furtivamente desnudarla y mostrar su alma contaminada de lucro y gula. Poco a poco, las puertas se le cerraron hasta que murió confinado en Maipú.

PABLO PORTALES

La intimidación suele protegerse a como dé lugar. Es un campo prohibido, donde ¡ay!, quién asome sus ojos, su nariz o su humanidad. La condena, la expulsión o el silencio caerán sobre el atrevido hasta hacerlo desaparecer de la vida pública.

Alejandro Venegas, melipillano y profesor en provincias, fue uno de esos temerarios que incursionó en las entrañas de familias distinguidas y más grave aún, en los "secretos" de una sociedad enferma de riqueza y pobreza extremas.

"Feo, de pómulos salientes, escasos bigotes, ojos inquisidores y brillantes, de voz delgada", como lo retrata su discípulo, Armando Donoso, se enamoró de Dorila, una chillaneja de alcurnia.

Destacaba como profesor del Liceo de Chillán, pero su talante era extranjero a la aristocracia orgullosa. Los intentos de Venegas por solazarse con Dorila y su mundo fueron aventados.

"Un día, cierta mano fática empezó a interferir en su idilio, tratando con maña infernal de infiltrar en el alma inocente ideas y sentimientos que hicieran imposible la armonía entre los dos", consigna Martín Pino, biógrafo de Venegas.

Desvió sus instintos hacia amores licenciosos, pero a pocos meses no pudo ir más contra su propio cauce. Solo, en la intimidación de su cuarto, vivió su propia procesión: El suicidio apareció en el horizonte de su mente.

Imaginó un diálogo con un Cristo exigente: "Si quieres ser feliz, elévate como un cóndor, cierra los ojos y sígueme... Ni el más mínimo de tus esfuerzos será perdido para la redención de la humanidad", escribió en su libro *La procesión de Corpus*.

Venegas no se casó y abrazó la causa redentora de reformar la sociedad, encaminándose hacia lo prohibido de ella. En el

año del Centenario, 1910, maduró su obra *Sinceridad*.

Mientras Chile celebraba su siglo de vida independiente, Venegas, en septiembre, iniciaba la redacción definitiva de lo que llamaría el Chile íntimo de 1910.

Su difusión, en enero de 1911, escandalizó a la clase gobernante. Ahí terminó su carrera docente e intelectual. Entre descalificaciones y silencios, las oportunidades se entornaron hasta quedar aislado en el villorrio de Maipú, tras el mostrador de su propio almacén, como su padre lo hizo en Melipilla.

ESTUDIO, POLITICA Y AMOR

El emporio de don José María, a media cuadra de la plaza de Melipilla, había sido un centro de noticias, recados, operaciones mercantiles y de conversaciones amistosas.

Ahí sintió el bullicio de la política y de la guerra de 1879, cuando el pueblo se reunía desbordado de emociones. Su hogar era centro de sociabilidad. Fue su primer contacto con la cultura.

Internado en el Instituto Nacional, fue expulsado sin que hubiera dejado huellas sobre los motivos. Volvió a Melipilla a asistir a su padre al almacén.

Regresó al Instituto y se apasionó por el estudio: Hizo tres años en uno y medio y comenzó a estudiar francés atraído por la idea dominante de la educación como vehículo de redención.

Los profesores alemanes del Pedagógico influyeron en el estudiante, sobre todo, el filólogo Rodolfo Lenz. Venegas "tenía una cultura literaria de primer orden".

"Su base filológica y científica era poco común: estudió el griego, conocía el latín y dominaba el italiano y portugués, además de los dialectos gallego y catalán", reconoció Enrique Molina, educador y fundador de la Universidad de Concepción.

Egresado, partió al Liceo de Valdivia. En esos parajes adquirió "la inquietud de explorador inquisitivo". Conoció al pueblo mapuche: "Los procedimientos torpes y malvados han creado sentimientos de repudio por los chilenos", señala Martín Pino.

Dos años después fue llamado al Liceo de Chillán. Allí hizo yunta con Molina. Participaron en la campaña presidencial de 1896 apoyando al liberal Vicente Reyes. En la plaza pronunciaron discursos doctrinarios. Denunciaron la "aristocracia del dinero".

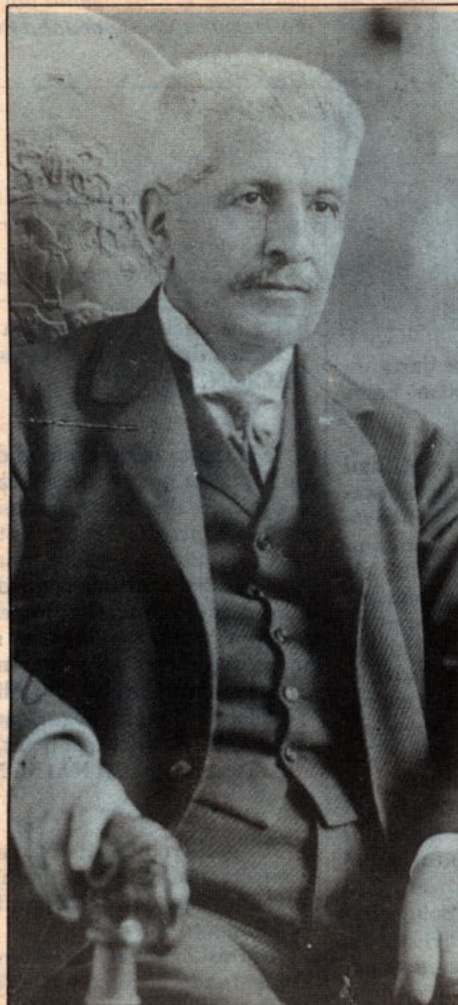
La réplica no se dejó esperar. Sin embargo, Venegas obtuvo reconocimientos por su labor docente. La familia Arrau lo contó entre los suyos. Fue padrino de bautismo de Claudio Arrau.

En el discurso de despe-



"Era primera vez que un profesor no exprimía nuestras memorias, sino suscitaba interés por la curiosidad intelectual", según su discípulo Armando Donoso.

"Jamás esa riqueza de arriba correspondió a un beneficio para las clases pobres; nunca lo que ganó fácilmente el dueño del latifundio fue a mejorar al labriego misérrimo e ignorante", decía el profesor Venegas en 1909.



En sus libros, basados en cartas a los Presidentes Pedro Montt y Ramón Barros Luco, el profesor Venegas escandalizó a la "crème" de la sociedad chilena.



dida, el profesor habló de la cobardía infiltrada en la conciencia social: "El que se humilla se ensalza, dicen los espíritus apocados para explicar su servilismo" y llamó a tener el valor de pensar por sí mismo y propagar esas ideas y principios. "No aduléis a nadie".

Pero lo más trascendente de su paso por Chillán fue su fracaso amoroso que lo marcó hasta su muerte. Su amigo Molina, rector del Liceo de Talca, lo rescató de su amargura.

LUCRO Y GULA

Molina y Venegas arribaron cuando los estudiantes se habían rebelado en contra del despotismo disciplinario. Fueron recibidos como salvadores.

Pero Talca era una ciudad de campesinos ricos y burócratas religiosos más dedicados a amasar fortunas y a los placeres de la gula, recordaba Armando Donoso.

Venegas era animador de excursiones provechosas y de las "charlas literarias", que pronto se abrieron a la comunidad. Fue un espacio de cultura para hombres como Mariano Latorre, Ricardo Donoso, Pedro Sienna y Ernesto Barros Jarpa.

Vicerrector del liceo, preparó su obra en sigilo. Disfrazado de campesino o mercader viajó de norte a sur: vibró con todas las miserias; acercó los oídos a los dolores, reclamos y anhelos. Así, inventarió la cuestión social en el país.

En sus primeras cartas a Pedro Montt, decía: "Un pueblo envilecido por la miseria no se redime con un puñado de oro lanzado a su rostro, se degrada más". Pero no hubo alarma.

Sin censuras escribió *Sinceridad*, en la que metió el dedo en lo íntimo del orden social oligárquico. Decía: "Jamás esa riqueza de arriba correspondió a un beneficio para las clases pobres; nunca lo que ganó fácilmente el dueño del latifundio fue a mejorar al labriego misérrimo e ignorante".

Su estilo directo provocó: "Nos hemos habituado a mirar a los militares como a petimetres que pasean los portales, figurillas de adorno en los salones aristocráticos, pero de nada sirven".

La oligarquía no toleró la acusación. Por disentir fue perseguido en forma sutil, sofocado por una atmósfera irrespirable, pero sus ideas quedaron suspendidas hasta que fueron aspiradas por los jóvenes y provincianos rebeldes que animaron el cambio social que irrumpió en los años '20.